

Textos Marianos

Villancicos que se cantaron en la Santa Iglesia Metropolitana de Méjico, en honor de María Santísima Madre de Dios, en su Asunción Triunfante, año de 1676, en que se imprimieron.

PRIMERO NOCTURNO

Villancico I

Vengan a ver una apuesta,
vengan, vengan, vengan,
que hacen por Cristo y María
el Cielo y la Tierra.

—¡Vengan, vengan, vengan!

Coplas

El Cielo y Tierra este día
compiten entre los dos:
ella, porque bajó Dios,
y él, porque sube María.
Cada cual en su porfía,
no hay modo de que se avengan.

—¡Vengan, vengan, vengan!

Dice el Cielo: —Yo he de dar
posada de más placer:
pues Dios vino a padecer,
María sube a triunfar;
y así es bien, que a tu pesar
mis fueros se me mantengan.

—¡Vengan, vengan, vengan!

La Tierra dice: —Recelo
que fué más bella la mía,
pues el Vientre de María
es mucho mejor que el Cielo;
y así es bien que en Cielo y suelo
por más dichosa me tengan.

—¡Vengan, vengan, vengan!

—Injustas son tus querellas,
pues a coronar te inclinas
a Cristo con tus Espinas,
yo a María con Estrellas
(dice el Cielo); y las más bellas
dí, que sus sienes obtengan.

—¡Vengan, vengan, vengan!

La Tierra dice: —Pues más
el mismo Cristo estimó
la Carne que en mí tomó,
que la Gloria que tú das;
y así no esperes jamás
que mis triunfos se retengan.

—¡Vengan, vengan, vengan!

—Al fin vienen a cesar,
porque entre tanta alegría,
pone, al subir, paz María,
como su Hijo al bajar;
que en gloria tan singular,
es bien todos se convengan.

—¡Vengan, vengan, vengan!

OFRECIMIENTO PARA EL SANTO ROSARIO DE QUINCE MISTERIOS

*que se ha de rezar el día de los Dolores de Nuestra Señora
la Virgen María.*

PRIMER OFRECIMIENTO

*A cuando después de llegar fatigada y llorosa, vio quitar por
aquellos verdugos inhumanos la Cruz, al Señor, de los
hombros y arrancarle, con no menos presteza, las vestiduras,
llevando en ellas los pedazos doloridos de sus despedazadas
carnes, volviendo a quedar desnudo aquel cuerpo virginal, a
vista de aquella multitud.*

OFRECIMIENTO

¡Oh, Madre Santísima, la más dolorida y avergonzada de todas las mujeres en las afrentas de vuestro amadísimo Hijo y amantísimo Redentor nuestro! Nosotros os ofrecemos estas diez avemarías y un padrenuestro, al incomparable dolor que traspasó vuestra ternísima alma, e indecible vergüenza que sonroseó vuestro castísimo rostro, cuando vuestros virginales ojos vieron desnudo en tan público y afrentoso lugar al que era espejo limpiísimo de toda honestidad y pureza. Y por él os suplicamos, intercedáis con Su Majestad, para que las afrentas y llagas de nuestras culpas y la desnudez de nuestros méritos sean encubiertas y suplidas con las afrentas de Nuestro Salvador, y vuestras lágrimas, para que adornados con ellas parezcamos decentemente en el tribunal de su Justicia, y seamos por vuestra intercesión llevados a los gozos eternos, donde reináis para siempre. Amén.

SEGUNDO

Cuando le vio crucificar

¡Oh, Madre Santísima, hecha centro y blanco de todos los dolores! Nosotros os ofrecemos estas diez avemarías y un padrenuestro, al que con tanto estremecimiento de vuestro maternal corazón os le traspasó, viendo clavar contra el duro madero de la Cruz con tres clavos aquel delicadísimo y atormentadísimo cuerpo de vuestro precioso Hijo y Señor nuestro. Y por él, señora, os suplicamos traspaséis nuestros pensamientos, y los clavéis con el santo temor de vuestro Hijo, para que no se extiendan a ofensa de Su Majestad: para que así clavados con los clavos de sus preceptos en la estrecha cruz de la guarda de nuestras obligaciones, merezcamos después la eterna libertad y soltura del Cielo, en vuestra compañía, donde reináis eternamente. Amén.

TERCERO

Cuando le levantaron en la Cruz

¡Oh, Madre angustiadísima, sumergida y anegada en el mar inmenso de los tormentos de vuestro precioso Hijo! Nosotros os ofrecemos estas diez avemarías y un padrenuestro, al dolor que atravesó vuestro ternísimo corazón, viendo tan desatentada y atropelladamente levantar el sangrado cuerpo de vuestro precioso Hijo, corriendo vivos arroyos de sangre de las nuevas heridas de pies y manos, que se rasgaban y hacían mayores con el peso del cuerpo y despiadados movimientos de la cruz, y de las otras heridas que los instrumentos con que le alzaban le hacían nuevamente. Y por él os suplicamos intercedáis con Su Majestad nos dé un íntimo aprecio de sus dolores y los vuestros, para que, en desquite de aquella afrentosa exaltación, sea con verdadera adoración exaltado en nuestras almas y adorado con limpio y fiel corazón, para que después merezcamos nosotros ser exaltados en su Gloria, en vuestra compañía, donde vivís y reináis para siempre, etc.

CUARTO

A las palabras que dijo Cristo

¡Oh, Madre atribuladísima, para ser consuelo de todos los atribulados! Nosotros os ofrecemos humildemente estas diez avemarías y un padrenuestro, al sensibilísimo dolor que traspasó vuestro amantísimo corazón, cuando oísteis a vuestro Hijo precioso, que siendo el amparo de todos los hombres, se quejó a su Eterno Padre de que le desamparaba, y a vos, señora, os encomendó a su discípulo: trueco que siendo tan desigual, como de un Dios por un hombre, vos lo aceptasteis con profunda humildad y resignación. Por este dolor, Señora, os suplicamos nos admitáis por hijos, no mirando nuestra ruindad; y en el desamparo de la hora de la muerte, vos, Señora, nos asistáis y ampareís, para que por vuestra intercesión salgamos libres de aquel trance y os vamos a gozar a la vida eterna, por siempre. Amén.

Que hoy bajó Dios a la tierra
es cierto; pero más cierto
es, que bajando a María,
bajó Dios a mejor Cielo.

Por obediencia del Padre
se vistió de carne el Verbo;
mas tal, que le pudo hacer
comodidad el precepto.

Conveniencia fue de todos
este divino Misterio:
pues el hombre, de fortuna,
y Dios mejoró de asiento.

Su sangre le dió María
a logro; porque a su tiempo,
la que recibe encarnando,
restituía redimiendo;

si ya no es que, para hacer
la Redención se avinieron,
dando moneda la Madre
y poniendo el Hijo el sello.

Un Arcángel a pedir
bajó su consentimiento,
guardándole, en ser rogada,
de Reina los privilegios.

¡Oh grandeza de María,
que cuando usa el Padre Eterno
de dominio con su Hijo,
use con Ella de ruego!

A estrecha cárcel reduce
de su grandeza lo Inmenso,
y en breve morada cabe
Quien sólo cabe en Sí mismo.

*Alaba el numen poético del Padre Francisco de Castro, de la
Compañía de Jesús, en un poema heroico en que describe
la Aparición milagrosa de Nuestra Señora de Guadalupe de
Méjico, que pide la luz pública.*

La compuesta de flores Maravilla,
divina Protectora Americana,
que a ser se pasa Rosa Mejicana,
apareciendo Rosa de Castilla;

la que en vez del dragón —de quien humilla
cerviz rebelde en Patmos—, huella ufana,
hasta aquí Inteligencia soberana,
de su pura grandeza pura silla;

ya el Cielo, que la copia misterioso,
segunda vez sus señas celestiales
en guarismos de flores claro suma:

pues no menos le dan traslado hermoso
las flores de tus versos sin iguales,
la maravilla de tu culta pluma.

A una Pintura de Nuestra Señora, de muy excelente pincel

Si un pincel, aunque grande, al fin humano,
pudo hacer tan bellísima Pintura,
que aun vista perspicaz en vano apura
tus luces —o admirada, si no en vano—:

el autor de tu Alma soberano,
proporcionado campo a más hechura,
¿qué gracia pintaría, qué hermosura,
el Lienzo más capaz, mejor la Mano?

¿Si estará ya en la Esfera luminoso
el pincel, de Lucero graduado,
porque te amaneció, Divina Aurora?

¡Y cómo que lo está! Pero, quejoso,
dice que ni aun la costa le han pagado:
que gastó en ti más luz que tiene ahora. ◇

